



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XXVI Domingo del T. O. B

Citas:

Nb 11,25-29:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bgu0uk.htm

Iac 5,1-6:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abso5e.htm

Mc 9,38-43.45.47-48:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9b0xn2i.htm

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ca3y5i.htm

" El que os dé a beber un vaso de agua, por el hecho de que pertenecéis a Cristo, os aseguro que no quedará sin recompensa ". (Mc 9,45).

Nada se pierde a los ojos de Dios. No hay ningún acto, ningún gesto, ningún pensamiento de nuestra existencia que no tenga relieve a los ojos del Señor.

Y esto es así, no por un rostro severo de juez, sino por la infinita misericordia del amor, que llega a hacerse ternura, que no quiere perder nada de la vida del amado. Cada respiro nuestro es importante, para Aquel que nos ha creado. Él está pendiente de nosotros, más de lo que nosotros mismos somos capaces, hasta llegar al fondo de nuestras vidas.

En nuestro tiempo, caracterizado por una impresionante y falsa concentración sobre el propio yo, por un egocentrismo ateo que pretende sustituir el yo a Dios, la atención a los detalles de la vida es algo que sorprende, que le da a cada uno la "centralidad relacional" de la que el corazón siempre tiene una profunda necesidad.

En efecto, siempre está presente en cada uno la necesidad de ser "centro del amor" del otro; el anuncio cristiano no borra el yo, no lo mortifica, sino que lo realiza en toda su grandeza: cumple el deseo de infinito que, paradójicamente, se encuentra en los detalles.

"Cualquiera que os dé de beber un vaso de agua... no quedará sin recompensa". ¿A quien le importa un vaso de agua? En el frenesí de nuestra época, ¿quién tiene un corazón así?

Nuestro Dios, el Dios cristiano, el Emmanuel, Aquel a la luz del cual y en cuya compañía se cumple el yo humano, con todos sus deseos.

Un tal amor, un sentirse querido de tal manera, es la razón de toda posible generosidad hacia el hermano. Sólo la experiencia de la certeza de ser amados y amados definitivamente, dentro y más allá de los propios límites, puede ser y realmente es motor del amor, fuerza dinámica de difusión de la atención al otro, que puede realmente cambiar el rostro de la historia.

El realismo cristiano, que nada oscurece sino que todo lo abraza y lo valora, es la única posición auténticamente humana, porque corresponde a la inteligencia y al corazón.

No hay subjetivismo o idealismo, nihilismo o relativismo que pueda regir la honrada confrontación con la realidad y con el examen crítico de los corazones, con sus exigencias constitutivas.

Cada gesto de nuestra existencia tiene valor delante de Dios y es importante, cara a nuestra salvación eterna: *"No quedará sin recompensa"*

En este sentido, es necesario recordar que la primacía de la fe no puede nunca traducirse en una minusvaloración de las obras. Evitando cuidadosamente cualquier decaimiento funcionalista y todo activismo excesivo, hoy tan difundidos, el mérito pertenece a la doctrina católica y coloca a las obras humanas en un plano de gran relevancia, junto con la fe, en orden a la responsable consecución participativa de la salvación eterna.

Las obras no nos ganan la salvación, cuyo precio ha sido pagado por Cristo en la Cruz, de una vez para siempre.

Al mismo tiempo, ellas no son meramente "manifestativas" de la fe, sino que concurren para recorrer el camino de salvación que el Señor nos ha abierto y que no es posible emprender sin el concurso de la propia libertad. Por esta razón, el pasaje evangélico insiste: *"No quedará sin recompensa"*.

La Santísima Virgen María, que siempre estuvo atenta a los detalles de la vida y del Hijo y, por tanto, de la Iglesia, nos guíe, como Estrella de cada mañana, en la certeza y en la responsabilidad que nacen del anuncio de que nada nuestro se perderá.